

Señores y Señoras

En nombre del Instituto Maritain de Argentina agradezco vivamente a todos los asistentes a este Coloquio, especialmente a los expositores. Su presencia es la prueba de su compromiso con los problemas reales de la persona humana en nuestro tiempo, y en nuestras patrias.

Precisamente, Maritain asociaba la intensidad de ese compromiso con la calidad de la vida en las democracias, y con su posibilidad misma de la democracia.

Quiero agradecer también especialmente a los participantes de la hermana república de Chile, cuya profundidad de análisis, su realismo y su visión de futuro esperamos ser capaces de aprovechar cumplidamente. Este es el segundo encuentro fecundo entre nuestros Institutos Maritain (el primero fue el Septiembre del 2010, en Santiago). Avizoro una colaboración cada vez más estrecha y frecuente.

Sin la pretensión de abarcar y resumir estos días de tan rico contenido, quiero despedirme de Uds. con unas pocas reflexiones, para nada originales por cierto, pero que creo útiles para cerrar este Coloquio y provocaros al próximo.

## I. TRATEMOS DE UNIRNOS:

Nos ha convocado aquí un desafío al tono de la propuesta de Maritain arriba citada; colaborar en reconstruir nuestra Nación! No podemos permitir que nos arrastre la inercia, que nos esterilicen nuestras impotencias o el miedo a las amenazas. Tratemos de ubicarnos allí donde mejor podamos enfrentar la mirada de nuestros compatriotas en nuestras conciencias, hermanarnos cara a cara, reconociendo nuestros límites y nuestras posibilidades. No retornemos a la soberbia de la división centenaria entre los intereses centralistas, que viven de la especulación monetaria y financiera, como antes del puerto, y la necesidad imperiosa del estímulo y promoción de un interior condenado ahora a la "curiosidad turística". Que tampoco nos empuje la soberbia del internismo faccioso, el más cruel de los deportes nacionales, en el cual, en vez de enriquecernos con la confrontación de las diferencias, la regla de oro consiste en destruir implacablemente hasta lo mejor de las propuestas y logros de los oponentes. Que no nos corten caminos las calculadoras intransigencias (en nombre de coherencias que no son tales).

Esta actitud me parece un paso necesario para estudiar en serio con qué iniciativas se puede rehacer una comunidad a partir de hombres y mujeres que sienten y obran como verdaderos socios (en el sentido antiguo de conciudadanos). Hombres y mujeres que hacen propia y acompañan la fragilidad de los demás, que no dejan

que se erija una sociedad de exclusión, sino que se aproximan -se hacen prójimos- y levantan y rehabilitan al caído, para que el Bien sea Común.

Las Políticas Públicas:

Hemos podido constatar, en estos días, merced a las reflexiones escuchadas, que nuestro país está huérfano de políticas públicas. Diría, con tristeza, que nadie se preocupa siquiera de averiguar seriamente que es una política pública: comenzando por el gobierno, que confunde constantemente público con estatal o peor, con gubernamental.

He propuesto al Instituto Maritain la realización de un coloquio sobre políticas públicas, aún sin fecha, en la segunda mitad de este año, e invito a todos a sumarse a ese empeño.

Se trata de un esfuerzo interdisciplinario muy grande, pero creo que algunas cuestiones debieran estar presentes. A título de ejemplo:

Una política de derechos responsables:

Es importante definir cual es nuestra política respecto a los deberes que los derechos presuponen, y sin los cuales éstos se convierten en algo arbitrario, y superar una profunda contradicción: Mientras se reivindicán presuntos derechos, de carácter arbitrario y voluptuoso, con la pretensión de que las estructuras públicas los reconozcan y promuevan, por otro, hay derechos elementales y fundamentales que se ignoran y violan en gran parte de la nuestra población.

Una política de población y de familia:

Se ha establecido hoy considerar el aumento de población como la primera causa del subdesarrollo, y ello no es verdad, incluso desde el punto de vista meramente económico: baste pensar, por un lado, en la notable disminución de la mortalidad infantil y al aumento de la edad media que se produce en los países económicamente desarrollados y, por otra, en los signos de crisis –y no solo económica- que se perciben en las sociedades en las que se constata una preocupante disminución de la natalidad.

Se ha establecido como bueno y ventajoso para el bien común, que las familias sean muy pequeñas, lo que empobrece las relaciones sociales y no asegurar formas eficaces de solidaridad. Sugiero –al contrario- que es una necesidad social, e incluso económica, seguir proponiendo a las nuevas generaciones la familia y el matrimonio, como acorde con las exigencias más profundas del corazón y de la dignidad de la persona. En esta perspectiva, los estados están llamados a establecer políticas que promuevan la centralidad y la

integridad de la familia, célula primordial y vital de sociedad, no abstractamente, sino haciéndose cargo también de sus problemas económicos y fiscales, en el respeto de su naturaleza relacional.

### Una política económica ética, solidaria, subsidiaria:

La economía tiene necesidad de una ética personalista para su correcto funcionamiento. El adjetivo «ético», sin sistema moral de referencia, usado de manera genérica, puede abarcar contenidos completamente distintos y hacer pasar por éticas decisiones y opciones contrarias a la justicia y al verdadero bien del hombre, o sea que olvidan la inviolable dignidad de la persona humana, así como el valor trascendente de las normas morales naturales. Una ética económica que prescinda de estos dos pilares, se amoldará a los sistemas económico-financieros existentes, en vez de corregir sus disfunciones.

Los proyectos de subsidiaridad convenientemente diseñados y gestionados, tienden a promover los derechos, pero previendo siempre que se asuman también las correspondientes responsabilidades. En las *iniciativas* para el desarrollo debe quedar a salvo el principio de la centralidad de la persona humana, que es quien debe asumirse en primer lugar el deber del desarrollo. Lo que interesa, principalmente, es la mejora de las condiciones de vida de las personas concretas de una cierta región, para que puedan satisfacer aquellos deberes que la indigencia no les permite observar actualmente. Esa preocupación, nunca puede ser una actitud abstracta. Los programas de desarrollo, para poder adaptarse a las situaciones concretas, han de ser flexibles; y las personas que se benefician deben implicarse directamente en su planificación y convertirse en protagonistas de su realización.

### Una política de promoción austera y transparente:

Y, los organismos internacionales y nacionales no son transparentes, y no se preguntan sobre la eficacia real de sus aparatos burocráticos y administrativos, tan costosos! A veces, el destinatario de las ayudas resulta útil para quien lo ayuda y, así, los pobres sirven para mantener costosos organismos burocráticos, que destinan a la propia conservación un porcentaje demasiado elevado de recursos que deberían ser destinados al desarrollo. Las dinámicas de inclusión no tienen nada de mecánico. Las soluciones se han de ajustar a la vida de los pueblos y de las personas concretas, basándose en una valoración prudencial de cada situación. Al lado de los carísimos mega o macroproyectos, son necesarios también los micro

proyectos y, sobre todo, es necesaria la movilización efectiva de todos los sujetos de la sociedad civil, tanto de las personas jurídicas como de las personas físicas.

El acaparamiento por parte de algunos estados, grupos de poder y em-presas de recursos energéticos no renovables, es un grave obstáculo para el desarrollo de los países, provincias y regiones más pobres. Éstos no tienen medios económicos ni para acceder a las fuentes energéticas no renovables ya existentes, ni para financiar la búsqueda de fuentes nuevas y alternativas. La acumulación de recursos naturales, que en muchos casos se encuentran precisamente en países pobres, causa explotación y conflictos frecuentes entre las naciones y en su interior. Dichos conflictos se producen con frecuencia precisamente en el territorio de esos países, con graves consecuencias de muertes, destrucción y mayor degradación aún. La comunidad nacional, interprovincial e internacional tiene el deber imprescindible de encontrar los modos institucionales para ordenar el aprovechamiento de los recursos no renovables, con la participación también de las zonas más pobres, y planificar así, conjuntamente. el futuro.

Hay también una urgente necesidad moral de una renovada solidaridad, especialmente en las relaciones entre provincias atrasadas o países en vías de desarrollo y áreas más altamente industrializadas. Las sociedades con tecnología avanzada pueden y deben disminuir el propio gasto energético, bien porque las actividades manufactureras evolucionan, bien porque entre sus ciudadanos se difunde una mayor sensibilidad ecológica.

Además, se debe añadir que hoy se puede mejorar la eficacia energética y al mismo tiempo progresar en la búsqueda de energías alternativas. Pero es también necesaria una redistribución nacional y planetaria de los recursos energéticos, de manera que también las provincias y países que no los tienen puedan acceder a ellos. Su destino no puede dejarse en manos del primero que llega o depender de la lógica del más fuerte. Se trata de problemas que, para ser afrontados de manera adecuada, requieren por parte de todos una responsable toma de conciencia de las consecuencias que afectarán a las nuevas generaciones, y sobre todo a los numerosos jóvenes que viven en los pueblos pobres, los cuales «reclaman tener su parte activa en la construcción de un mundo mejor»

El modo en que el hombre trata el ambiente influye en la manera en que se trata a sí mismo, y viceversa.

Esto exige que la sociedad actual revise seriamente su estilo de vida que, en muchas partes del país y del mundo, tiende al hedonismo y al consumismo, despreocupándose de los daños que de ello se derivan. Cualquier menoscabo de la solidaridad y del civismo produce daños ambientales, así como la degradación ambiental, a su vez, provoca insatisfacción en las relaciones sociales. La degradación de la naturaleza está estrechamente unida a la cultura que modela la convivencia humana: cuando se respeta la «ecología humana» en la sociedad, también la ecología ambiental se beneficia.

Así como las virtudes humanas están interrelacionadas, de modo que el debilitamiento de una pone en peligro también a las otras, así también el sistema ecológico se apoya en un proyecto que abarca tanto la sana convivencia social como la buena relación con la naturaleza.

Para salvaguardar la naturaleza no basta intervenir con incentivos o desincentivos económicos, y ni siquiera basta con una instrucción adecuada. Éstos son instrumentos importantes, pero *el problema decisivo es la capacidad moral global de la sociedad*. Si no se respeta el derecho a la vida y a la muerte natural, si se hace artificial la concepción, la gestación y el nacimiento del hombre, si se sacrifican embriones humanos a la investigación, la conciencia común acaba perdiendo el concepto de ecología humana y con ello de la ecología ambiental. Es una contradicción pedir, a las nuevas generaciones, el respeto al ambiente natural, cuando la educación que les damos, y las leyes que establecemos, no las ayudan a respetarse a sí mismas.

### Una política pública sobre el modelo político:

La cuestión de una democracia participativa o un populismo cesarista

Los ciudadanos argentinos tenemos el derecho de reclamar a todos los agentes políticos que no nos distraigan con asuntos menores, riñas de gallinero, palabrerío ideológico y propaganda, sino que nos presenten los dilemas fundamentales que afectarán nuestra convivencia social por muchos años y las alternativas que proponen a esto, que son sólo dos, para que libremente decidamos cuál es la que preferimos.

¿Queremos un gobierno y una sociedad autoritarios que prescindan de nosotros y nos lleven por delante imponiéndonos sus soluciones o queremos un gobierno y una sociedad civil democráticos, donde nuestros problemas, que son de todos, se resuelvan participativamente entre todos? ¿Queremos una Patria grande con una convivencia que incluya a todos sus miembros en amistad cívica y con respeto mutuo, o un país

elitista, excluyente y resentido, cerrado sobre sí mismo, que manipula a los demás mediante la excitación de odios y enfrentamientos? Este es el debate fundamental que debe plantearse explícitamente –quizás la ocasión electoral vecina sea propicia?- y sobre el que tenemos la obligación de tomar partido, porque se trata del destino de nuestra Nación. Todo lo demás es secundario